

RAMASWAMI, EL MUCHACHO GITANO

Por **MAE HARGRAVE**

RAMASWAMI, el muchacho gitano, gimió y se dio vuelta sobre la estera que estaba en el piso duro de tierra. ¡Cuán miserable se sentía! ¡Todos los días estaba con fiebre, y con esa tos tan horrible! Ramaswami vivía con su padre y su madre en una chocita de la aldea Paso de la Montaña, en el sur de la India.



Afuera de la choza estaba conversando el padre con algunos amigos.

-¿Dónde está Ramaswami? -le preguntaron al padre-. Hace mucho que no lo vemos.

-Ha estado enfermo durante mucho tiempo -respondió el padre-. Tose noche y día.

Cuando un gitano tiene esa clase de tos -dijo un viejo y sabio gitano-, siempre muere.

El padre suspiró y se lamentó:

-Y en esta aldea no tenemos ningún hospital, y ni siquiera un médico.

Cuando Ramaswami oyó esa conversación, volvió la cara hacia la pared de barro y trató de reprimir las lágrimas. Aunque era un muchacho valiente se dijo:

-Yo también voy a morir, como muchos de mis amigos.

Su padre y su madre oraron a sus dioses hindúes y a los espíritus, pero Ramaswami no mejoró. Se fue debilitando cada vez más. Entonces un día un amigo de la familia llegó a la choza.

-Quiero ver a Ramaswami -dijo.

-Pase -lo invitó la madre-. Nuestro hijo está acostado en la estera allá en el rincón.

-Cuando volví a casa, de Guntur, hace unos días -dijo el hombre a Ramaswami-, oí decir que estabas enfermo. Tengo buenas noticias. En Guntur hay un nuevo sanatorio, y un médico bondadoso que cura a muchos enfermos.

Ramaswami lo miró esperanzado y preguntó ansiosamente:

-¿Cree Ud. que puede curarme?

-Yo no estoy seguro -respondió el hombre-, pero si es posible, debieras hacer un esfuerzo y llegar al hospital.

-Iré a Guntur -dijo Ramaswami incorporándose en la estera-. Tal vez pueda llegar a la ciudad.

El padre le dio algo de dinero, y Ramaswami comenzó el viaje a pie. Mientras recorría el empinado camino montañoso, descansaba a menudo. Finalmente llegó a la carretera, pero se sentía demasiado débil para dar un paso más. Se sentó luego junto al camino temiendo morir allí mismo.

Después de lo que le parecieron horas, Ramaswami oyó el traqueteo de una carreta de bueyes que se aproximaba.

-Señor -dijo el muchacho dirigiéndose al carretero-, ¿me llevaría hasta la estación de ferrocarril?

Ese fue un viaje muy incómodo, por que el camino era desparejo y la carreta se sacudía mucho, pero era

mejor que caminar. Cuando llegó a la estación de ferrocarril, Ramaswami pagó su boleto con un suspiro de alivio.

¡Cuán feliz estaba de poder subir al tren y descansar! Se sentía muy débil y enfermo pero, por fin llegó al hospital. El Dr. Samuel y su esposa le dieron una bondadosa bienvenida.

-Tu condición es muy grave -le dijo el Dr. Samuel-. Tú tienes tuberculosis, pero estoy seguro de que podemos ayudarte. Antes de comenzar con los tratamientos vamos a orar a Jesús para que te sane.

Ramaswami lo miró sorprendido. Nunca había escuchado hablar de Jesús. Durante toda su vida había orado a los espíritus y a los dioses de piedra, como estaban acostumbrados a hacerlo todos los gitanos de la aldea. El Dr. Samuel elevó una corta oración y le pidió a Jesús que le diera sabiduría para tratar al muchacho.

Cuando el Dr. Samuel fue a su casa esa noche, dijo a su familia:

-El muchacho gitano del Paso de la Montaña está muy grave. Debemos orar para su restablecimiento. En esa aldea nunca se ha permitido la entrada de un misionero. Los gitanos piensan que los cristianos son enemigos suyos. Esta es nuestra oportunidad de enseñarle a uno de ellos acerca del Señor Jesús.

La Sra. Samuel se interesó muy especialmente por el muchacho y diariamente se sentaba al lado de su cama para contarle historias del Señor Jesús. Ramaswami se iba sintiendo un poquito más fuerte cada día. Ya no tosía tanto. El buen alimento que le daban en el hospital le hizo ganar peso. Al poco tiempo se sentía tan bien que quería ayudar en alguna cosa. Estaba cansado de estar en cama.

Un día la Sra. Samuel le preguntó:

-¿Te gustaría aprender a leer y escribir?

-¿Cree Ud. realmente que yo puedo aprender a leer y escribir? -preguntó él, brillándole de felicidad los ojos.

-Por supuesto que puedes aprender -le respondió la Sra. Samuel-. Mañana vamos a empezar con la primera lección.

Y entonces siguieron días muy felices para el muchacho. Muy pronto pudo leer por sí mismo las historias acerca del Señor Jesús.

Cierta mañana, mientras el Dr. Samuel recorría el hospital deteniéndose a conversar con los pacientes, llegó hasta donde estaba Ramaswami, sentado en una silla.

-Se te ve muy bien, joven -comentó el doctor-. En realidad, estás casi sano.

-Pronto podré volver a mi aldea, pero antes de volver quiero que me bauticen -dijo el muchacho.

-Yo esperaba que dijeras eso -le respondió el médico-. De manera que Ramaswami, el muchacho gitano fue bautizado y llegó a ser adventista del séptimo día.

-Ahora, Ramaswami, ya que has llegado a ser cristiano -le dijo la Sra. Samuel-, me parece que debieras tener un nombre nuevo. El nombre que tienes ahora significa: 'Señor Rama', pero tú no adoras más al dios hindú, Rama.

-Me gustaría mucho tener un nombre cristiano -respondió el muchacho.

Déjame pensar en un buen nombre -dijo la Sra. Samuel-. ¿Te gusta David? Si, yo creo que ése es el nombre que debes tener. David era un pastorcillo que luchó contra un gigante y lo venció. Tú, Ramaswami, has tenido un 'gigante' y también lo has vencido. Tu 'gigante' era una terrible enfermedad.

Desde ese día en adelante Ramaswami fue llamado David por sus amigos cristianos.

El muchacho volvió a su aldea rebosante de felicidad. Tenía el cuerpo y las ropas limpias, pero aún más importante que eso, tenía limpio el corazón. Para David no había más robo, como todos los gitanos acostumbraban hacerlo. Deseaba contarles a todos sus amigos acerca del Señor Jesús, el que lo había sanado con la ayuda del Dr. Samuel.

-Nuestro Ramaswami ha vuelto, y está completamente sano -dijeron sorprendidos los aldeanos-. No murió.

Para los gitanos eso era un milagro. De modo que lo rodearon para escuchar lo que tenía que contarles. Los aldeanos escucharon con interés. Nunca habían permitido que ningún misionero entrara en su aldea, pero David era diferente. Era uno de ellos. Les enseñó día tras día y ellos lo escuchaban ansiosamente.

-¡Cuéntenos más! -le rogaron.

-Yo no sé más -admitió el muchacho-. Voy a llamar a la Sra. Samuel para que venga y les enseñe. El doctor está demasiado ocupado para venir.

Ese era un viaje difícil y peligroso en el cual había que cruzar las montañas boscosas, pero la Sra. Samuel llegó a la aldea del Paso de la Montaña. Les enseñó a los gitanos a vivir vidas limpias. Les hizo entender cómo Jesús los amaba. Los gitanos escuchaban todo lo que ella les decía, y llegaron a quererla. Y antes de mucho un grupo de gitanos quería ser cristiano.

Debido a que había tantos enfermos en el Paso de la Montaña, vinieron otras señoras misioneras y una enfermera para cuidar de los enfermos y darles medicinas. Mientras las señoras estaban visitando la aldea se encontraron con Kesiamma, una niña que quería ir a la escuela. Tanto David como Kesiamma fueron a la escuela adventista de Narsapur, situada en el sur de la India.

Kesiamma, así como David, quería enseñar a su familia gitana y a sus amigos a prepararse para recibir al Señor Jesús. Mientras estaba en la escuela, volvió muchas veces a la aldea para enseñar a los aldeanos. Debido a sus enseñanzas y oraciones, su madre gitana fue bautizada.

Cuando Jesús venga no sabemos cuántos de los gitanos del Paso de la Montaña serán salvos. Puede ser que haya muchos, y todo debido a un valiente muchacho, muy enfermo que fue a un hospital adventista del séptimo día. Allí encontró a un médico bondadoso y a su familia que estaban dispuestos a dedicar tiempo para enseñar a este muchacho acerca del Señor Jesús.

RECADO EN LA NOCHE

Por *Margarita Alexander*

ENRIQUE CALKINS cerró la puerta del establo y aseguró la cadena con el candado. Se sentía orgulloso porque su papá le había confiado la atención de Pampa, la vaca manchada, y de Vera, su ternerita retozona.

El papá se había ido a la zona del río Chippewa, del Estado de Wisconsin, Estados Unidos, para tratar de conseguir trabajo cuando comenzara la temporada del acarreo de troncos, en primavera. Sería un trabajo duro, y a veces peligroso, pero con el dinero que ganaría, hacía planes de comprar madera para construir su nueva casa.

Enrique llevó cuidadosamente el balde de leche a la cabaña de troncos donde vivían. Se lavó luego las manos en la palangana que había en el rincón y se sentó a la mesa. La mamá tenía ya la cena lista, y Marlene y Cora, sus hermanitas, estaban esperándolo. Tenían hambre.

-Si sigue el tiempo tan benigno, el río se abriará antes -dijo Enrique-. La nieve se ha puesto muy fangosa alrededor del establo, y esta noche será otra noche templada y nublada.

-Cuanto antes se abra el río, tanto antes volverá a casa papá -le hizo notar la mamá.

Después de cenar, Enrique se sentó junto al fuego para engrasar las botas. Estaba cansado, y bostezó. En eso oyó que alguien llamaba a la puerta.

-¿Quién podrá ser? -preguntó la mamá. En esa pequeña localidad casi todos se conocían, y su vecino más cercano vivía a casi dos kilómetros, cuesta arriba.

-¡Calkins, Calkins! ¿Está Ud. ahí? -llamó una voz.

-Estoy segura de que es el Sr. Roberts -dijo la mamá dirigiéndose a la puerta para quitar la tranca que la aseguraba. El vecino entró.

-¿Pasa algo? -preguntó la mamá.

-Es Clara -dijo el Sr. Roberts-. Ella necesita al médico. ¿Puede Calkins...?

-El no está aquí -lo interrumpió la mamá-. Pero Enrique irá a buscar al médico.

-Dios te bendiga, Enrique -dijo el hombre alto y corpulento-. Yo tengo que regresar.

Enrique miró afuera. No había luna. Las nubes ocultaban las estrellas. El sendero estaría fangoso. El no tenía deseos de descender hasta el Valle del Pino para llamar al Dr. Boyd.

-Será mejor que te pongas la chaqueta gruesa de abrigo -dijo la mamá-. Hará frío cuando regreses.

Enrique suspiró, y la mamá le echó una mirada.

-¿Preferirías quedarte y cuidar de tus hermanitos? -le preguntó-. Yo puedo ir.

Enrique miró el sendero. No sería apropiado que la madre fuera, y el papá le había encargado que se hiciera responsable de las cosas.

-Yo iré -dijo tomando su chaqueta.

Salió trotando por el sendero que conducía al valle. El sendero descendía gradualmente hasta llegar al arroyo Sorghum que quedaba al borde de la aldea. Trató en no pensar en los osos ni en los gatos monteses que, según se decía, todavía habitaban en los bosques.

Se sorprendió al encontrar que en casi todo el trayecto, el sendero estaba en buenas condiciones. Sólo había fango en los tramos sombreados por los árboles donde el sol no penetraba. La primavera estaba más cerca de lo que él se había imaginado. De vez en cuando resbalaba en el fango, y una vez hasta se cayó. Pero se levantó rápidamente y siguió corriendo. Pronto llegó a la orilla del arroyo. Sólo una angosta franja de hielo lo separaba de la aldea.

Pisó cuidadosamente en el hielo. Parecía que cedía un poco bajo su peso. El agua fluía por las anchas grietas. Enrique se encontraba casi en la mitad del arroyo, cuando de pronto pisó sobre una grieta muy ancha; y al apoyarse sobre el hielo que estaba adelante, éste cedió. El hielo se astilló en todas direcciones, y Enrique se hundió en el agua helada hasta las axilas. Trató de treparse al hielo que estaba más adelante, pero cada vez que se apoyaba en un pedazo de hielo, éste se rompía. Había perdido los



guantes y se le empezaban a entumecer las manos de frío. Faltaba sólo un metro de hielo entre él y la orilla. Se arrojó hacia adelante. Si lograba hacerlo una vez más, saldría.

Por fin llegó jadeante a la orilla. Estaba tan entumecido por el frío, que creyó que no podría ponerse de pie, pero el Sr. Roberts contaba con él. Usando todas sus fuerzas, logró incorporarse, y a los pocos instantes estaba llamando a la puerta del Dr. Boyd.

El Dr. Boyd se apresuró a ensillar su caballo.

-Remontaré el arroyo y buscaré un lugar donde el caballo pueda cruzar -dijo-. Y, Martha -añadió dirigiéndose a su esposa-, atiende a este muchacho para que tenga un baño caliente y vaya a la cama. Me detendré en su casa y le diré a la mamá dónde está.

Una hora después Enrique se había dado un baño caliente de bañera y se había puesto una camisa de dormir del Dr. Boyd que le cubría los pies y arrastraba por el suelo. La Sra. Boyd le preparó una cama, y él se durmió casi tan pronto como apoyó la cabeza en la almohada.

Cuando Enrique se despertó, la luz entraba a raudales por la ventana, y el Dr. Boyd lo estaba mirando desde la puerta.

-¿Cómo está la Sra. Roberts? -preguntó Enrique.

El Dr. Boyd tenía una gran sonrisa en su rostro.

-La Sra. Roberts está bien -dijo-, y Roberts me recomendó que te dijera que tienen un lindo muchachito. Lo llamarán Enrique, como tú; y esperan que sea un muchacho tan valiente como tú.

Enrique sonrió.

-Yo no fui valiente -dijo-. Tenía mucho miedo.

-Eso es lo que significa ser valiente -afirmó el Dr. Boyd-. Tener miedo, pero de todas maneras, ir.

RECOLECCIÓN DE ALIMENTOS

Tomás* miró el montón de alimentos sobre el piso del gimnasio. Había una variedad de cosas, incluyendo fideos, papas fritas, sopas, mezcla para torta, y latas y latas de verduras, porotos y frutas. Su escuela estaba llevando a cabo una campaña de recolección de alimentos, para entregar a personas necesitadas, y todos estaban ayudando de buena gana.

“Cómo me gustaría poder dar algo grande”, pensó Tomás mientras miraba cómo la gente traía alimentos, a veces en una bolsa de supermercado, otras veces en cajas... Alguien había donado varias bolsas grandes de arroz. Pero ¿qué podía dar él? Mientras abría la bolsa con su merienda, tuvo una idea. Podía donar su fruta. Al día siguiente, no se comió sus galletitas. Y, al otro día, guardó su golosina para agregar al montón. Algunos compañeros vieron lo que hacía y comenzaron a reírse. Era gracioso verlo colocando una cosita pequeña en el gran montón de alimento. “¿Qué piensa que está haciendo?”, se burlaron. A Tomás le dio un poco de vergüenza, pero siguió dejando cada día, en el montón de alimentos, parte de su comida. Y cuando los otros chicos se dieron cuenta del sacrificio que Tomás estaba haciendo, dejaron de reírse de él. Cuando terminó la campaña, los alumnos se reunieron en el gimnasio para sacarse una foto con el montón de alimentos. Y Tomás estaba allí, en el medio, con una sonrisa en el rostro, contento porque él también había podido ayudar.

La Biblia dice: “Cada uno debe dar según lo que haya decidido en su corazón, no de mala gana ni por obligación, porque Dios ama al que da con alegría”. Piensa en lo que tú puedes entregar a Dios. ¿Estás feliz y dispuesto a hacerlo? Recuerda, Dios te ha bendecido con muchas cosas. ¡Ahora es tu oportunidad de devolverle algo a él!

Por Helen Lee Robinson

REGIO

Por *Viola Corneft*

JUANITA STUART miraba como Maida Lang andaba en Regio, su caballo, alrededor del círculo que había detrás de los Establos Lang. Maida se sacudía y resoplaba mientras trataba de obedecer las órdenes de su profesor de equitación. "Tobillos adentro. Codos cerrados.

"Muévete con el caballo cuando trota". Durante un instante se produjo un silencio, y luego el profesor gritó: "¡Detente! Estás haciendo todo mal".

Juanita, que estaba dentro del corral, observando a Maida detrás de la puerta abierta, no pudo menos que sonreírse. Ella no era más que la hija de la empleada, mientras que Maida era la hija del adinerado empleador. "La verdad es que Maida no puede andar a caballo tan bien como yo lo hago", se dijo Juanita.

¡Y cuánto la animaba a Juanita saber andar bien a caballo! Cuando volvía de la escuela no querían que entrara a la casa. La mamá tenía permiso para tenerla con ella, pero el Sr. Lang especificó que Juanita no debía andar por la casa o hacer ruido, porque la Sra. Lang no se sentía a bien y no podía tener niños bulliciosos a su alrededor.

A veces, si no había nadie, el hombre encargado del establo le permitía a Juanita andar a caballo. Ella lo hacía bien, porque cuando el papá vivía, ellos tenían una hacienda. Pero cuando la mamá pagó todas las cuentas del médico y del hospital, tuvo que vender la hacienda e irse a trabajar. Algunos amigos le habían encontrado ese trabajo de ama de llaves. Juanita estaba contenta porque la mamá tenía trabajo, y era muy bien remunerado, pero le costaba no poder hablar con otras personas y tener que mantenerse alejada de la gente.

¡Si tan sólo hubiera podido estar en el lugar de Maida! Juanita sabía que no estaba bien envidiar a otros por lo que tenían. Pero Maida tenía caballos, y sin embargo, no sabía andar bien. Tenía un piano y tomaba clases de música, pero no podía tocar bien una melodía. Juanita amaba tanto los caballos como la música; pero ahora no tenía ninguna de las dos cosas ¡y se esperaba que se escondiera de la gente! "¡Eso no es justo!", dijo Juanita dirigiéndose al pesebre junto al cual había un gran caballo negro.

-¿Qué cosa no es justa?

Juanita saltó al oír una voz suave detrás de ella. Allí estaba Maida Lang, la niña regordeta y rubia, con sus brillantes botas y sus pantalones de montar hechos a medida.

Juanita abrió la boca, pero durante un instante no pudo hablar.

-¡Oh!... -tartamudeó-. Yo estaba. . - nada más que pensando...

-Yo no sabía que había aquí otro chico -dijo Maida-. ¿Quién eres?

A Juanita le pareció que la voz de Maida era anhelante.

-Yo soy... la hija del ama de llaves. ¿Nadie te dijo nada de mí?

-No, yo he estado en una escuela de internado. Sólo vengo a casa durante las vacaciones de verano. Eso es porque mamá no se siente bien.

-¡Oh! -exclamó Juanita. Tenía deseos de decirle a Maida que lo sentía por ella. La niña parecía solitaria. Pero Juanita sonrió y dijo:

-Noté que te costaba andar a caballo. ¿Podría ayudarte? Yo solía vivir en una hacienda, y andaba mucho a caballo.

-¿Lo harías? -y el rostro de Maida se iluminó con una gran sonrisa-. Papá quiere que aprenda a andar bien a caballo.



Entonces la sonrisa la abandonó.

-Yo realmente no puedo hacer nada bien. Mamá quiere que sea una buena pianista, pero tampoco puedo tocar bien. ¿Tú tocas piano?

"Maida no actúa como una niña rica presumida. Es simpática -pensó Juanita-. Quizá pueda ayudarla con la música y también con la equitación".

Las dos niñas regresaron al círculo de equitación y encontraron que el profesor se había ido.

-Mañana lo sorprenderemos -dijo Maida volviéndose a Juanita, y luego, poniendo el pie en el estribo, volvió a montar a Regio.

El cuidador del establo ensilló otro caballo para Juanita y ésta cabalgó alrededor del círculo con Maida mostrándole lo que hacía mal y cómo corregirlo. Maida trató de hacer como hacía Juanita, y pronto comenzó a cabalgar mejor.

-Mañana el profesor te elogiará -sonrió Juanita.

Después que las dos niñas hubieron desmontado, Maida tomó a Juanita por la mano.

-¿Me ayudarás mañana otra vez con mi equitación?

-Sí. Y estaba pensando... -Juanita se detuvo por un instante-. Quizá pueda ayudarte también con la música.

-¡Oh, gracias! -dijo Maida-. Tal vez si puedo tocar algo para mamá, ella se sentirá mejor.

Desde ese momento, Juanita ayudó a Maida a aprender a andar a caballo y también a tocar el piano.

Nadie se enteró de eso, excepto el

encargado del establo, y una de las mucamas que trabajaba en la casa.

Maida tocaba cada vez mejor. Un día, mientras Maida tocaba una melodía que Juanita le había enseñado, la puerta de la sala de música se abrió, y una dama alta y rubia entró en la habitación.

-¡Querida! -dijo-. Tu música sonaba tan hermosa que vine para escucharla.

En eso vio a Juanita.

-Pero, ¿quién eres tú? Tú debes ser la hija del ama de llaves. ¿Qué estás haciendo aquí?

Juanita tenía deseos de echarse a llorar. Pero en cambio dijo:

--Perdone -y se fue de la habitación.

Ahora sí que se había metido en un problema. Quizás la mamá perdería el trabajo. Corrió al apartamento que estaba sobre el garaje donde ella y su madre vivían. La mamá estaba allí y Juanita se arrojó en sus brazos.

-Pero, ¿qué pasa? -preguntó la mamá.

Juanita le contó lo que había ocurrido.

-Querida, yo sé que tú tenías buenas intenciones -dijo la mamá-. Iré a hablar con la Sra. Lang.

Dejando luego la habitación, la mamá se dirigió a la casa grande.

Juanita estaba muy afligida. Había tratado de ayudar a Maida, pero las cosas habían salido mal.

Al rato Juanita oyó que alguien subía al apartamento. Era la mamá que regresaba, pero la acompañaba la Sra. Lang.

-Juanita -oyó ésta que le decía la Sra. Lang-, estoy avergonzada conmigo misma por haberme disgustado contigo. Maida me contó cómo la ayudaste. ¿Me perdonas por haber sido ruda y poco bondadosa contigo?

Juanita vio que la Sra. Lang le tendía la mano. Ella le tendió la suya y la Sra. Lang se la apretó muy amigablemente.

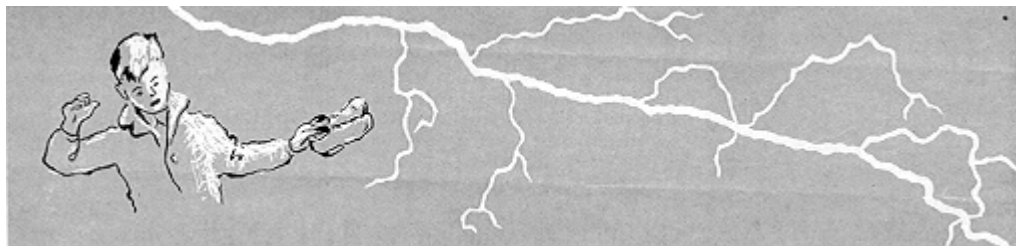
-Espero que querrás seguir ayudando a Maida. Para ella ha significado mucho tener a una niña como tú por amiga.

Un sentimiento de felicidad inundó a Juanita. Ayudando a alguien se había ayudado a sí misma.

RELÁMPAGO OPORTUNO

Por **VIRGILIO ROBINSON**

ERA la hora de la capilla en el Colegio Spion Kop, en Natal, África del Sur, y el director les estaba hablando a los alumnos. "Tengo una sorpresa para Uds." Todos los alumnos prestaron atención a lo que él iba a decir.



"Como Uds. saben este fin de semana hay un día feriado. El personal docente ha decidido hacer el feriado un poco más largo que de costumbre. No habrá clases desde mañana a la mañana hasta el lunes a la noche. Todos los que vivan a una distancia que les permita ir y volver antes del lunes de noche pueden adquirir los pases. Esto es todo, pueden retirarse".

Lyndon Tarr, uno de los alumnos, tomó el camino curvo que salía del edificio de aulas y conducía al dormitorio. Mientras caminaba podía ver en el oeste la cadena de montañas llamada Drakensbergs. Detrás de esas montañas estaba Basutolandia donde sus padres eran misioneros en la Estación Misionera Emmanuel. El día extra que le concedía el personal docente le permitiría pasar el sábado con ellos. No había forma de avisarles que iría, pero el llegar de improviso les daría una grata sorpresa. A Lyndon no le importaba el que eso significara caminar unos -18 km para llegar.

Después de conseguir que le firmaran el permiso o pase, Lyndon tomó el camino de 28 km que corría entre las colinas y conducía a Ladysmith, la estación de ferrocarril más cercana. Para mediodía ya tenía el boleto en la mano y observaba cómo entraba en la estación el largo tren que iba de Durban a Ciudad del Cabo. No disponía de un lugar reservado, pero eso no le importaba. Si era necesario viajaría en la plataforma.

Durante toda la tarde el tren parecía ir gateando para ascender las montañas de Drakensbergs. Cerca de la puesta del sol cruzó el paso y llegó a las planicies del Estado Libre de Orange. El tren se demoró, de modo que eran casi las nueve de la noche cuando Lyndon bajó en la plataforma de la pequeña estación más cercana a su hogar. Si sus padres hubieran sabido que llegaba lo hubieran ido a esperar con la carreta de bueyes.

Había estado lloviendo copiosamente durante 10 días y esa tarde una tormenta había dejado el terreno ensopado. Los ríos corrían torrentosos. El cielo estaba nublado y no se veía una sola estrella, y Lyndon ni siquiera tenía una linterna. Seguía lloviznando. Al otro lado de las colinas, a unos 22 km, estaban su hogar y sus padres. Pero, ¿cómo haría para encontrar el camino sin luz de ninguna especie?

Lyndon se quitó los zapatos y las medias y comenzó a andar. Sus pies desnudos lo ayudaban a guiarlo, porque cuando se salía del camino de barro y pisaba el pasto de los lados, sus pies se lo decían inmediatamente. Entonces volvía al camino evitando así caer en la cuneta que las lluvias habían convertido en un verdadero torrente. Y así seguía luchando en medio de la densa oscuridad. Aunque había recorrido ese camino muchas veces, tenía que ir a paso lento.

A eso de la media noche Lyndon se detuvo para escuchar. Supuso que debía estar acercándose a las riberas del río Caledón, una de las fronteras de Basutolandia, y uno de los ríos más peligrosos de África del Sur. Sabía de muchas personas que habían perdido la vida en las aguas de ese río en ocasiones en que repentinamente su nivel se había elevado hasta en 5 m de altura, en una sola noche.

En efecto, Lyndon oyó el ruido que hacía el río. Todavía quedaba a cierta distancia, pero el rumor sordo que producía al correr sobre el lecho rocoso era inconfundible. Sabía que no existía ningún puente para cruzarlo, sino solamente un lugar playo donde la ruta bajaba y cruzaba sobre un terraplén rocoso. Había cesado de llover, pero las nubes continuaban ocultando la luz de las estrellas. El retumbar de la tormenta hacía tiempo que se había esfumado en la distancia.

El rugido del río se hizo más audible. Lyndon tuvo la sensación de que casi había llegado al lugar donde la ruta descendía hacia el lecho del río. De pronto un relámpago brillante iluminó la escena. Lyndon pudo

vislumbrar toda la campiña circundante por kilómetros a la redonda, pero rápidamente miró también a sus pies, y se dio cuenta de que estaba parado al borde de un farallón que caía a pique unos 20 m de profundidad hasta una masa de rocas escabrosas entre las cuales, negras masas de agua bullían y se retorcían. De nuevo todo quedó en completa oscuridad. Lyndon se dio cuenta de que la creciente había hecho un corte a la ribera. Se dio cuenta también de que de haber dado un solo paso más, hubiera caído en el precipicio. En ese caso se habría lastimado gravemente y aun muerto. Esperó a que viniera otro relámpago, pero no hubo más.

Fue avanzando cuidadosamente, a tientas, para encontrar su camino hasta el río. Ayudado por un palo se las arregló para descender hasta el borde del agua. Entonces se tiró resueltamente al agua fría y nadó hasta el otro lado. Después de buscar por un rato encontró de nuevo el camino y recorrió los últimos kilómetros que lo separaban de la misión.

Fran más o menos las dos de la mañana cuando Lyndon llegó a las puertas de la Misión Emmanuel. Entró silenciosamente en la casa y se acostó en la cama del cuarto que siempre le pertenecía cuando volvía a la casa. Rendido por la aventura que acababa de pasar y por la falta de descanso, inmediatamente se quedó dormido. Y fue allí en su cuarto donde sus padres lo encontraron a la mañana siguiente cuando se levantaron. Alrededor de la mesa del desayuno de la alegre cocina, Lyndon contó sus aventuras de la noche anterior.

"Indudablemente fuiste guiado por los ángeles del Señor -dijo la madre-. Dios envió un relámpago para salvarte del peligro".

RELIGIÓN MUERTA

"¡No es así!", la voz de Miguel retumbaba por toda la casa.

"¡Sí es así!", le gritaba Sandy a su hermano mayor. "Oh, Sandy, sólo espera a ser mayor y hayas aprendido sobre el mundo, le dijo Miguel enojado. Entonces tendrás una mente más amplia".

"Bueno, papi es mayor que tú, ¡y te apuesto que él está de acuerdo conmigo!", le contestó Sandy.

"Shhh! ¿A qué vienen tantos gritos?", les preguntó el papá, entrando en la habitación.

"Miguel ha estado aprendiendo sobre diferentes religiones y él piensa que son tan buenas como la nuestra", le explicó Sandy. "Pero Jesús es el único camino al cielo. ¿No es verdad, papi?"

"Bueno, algunos de los líderes que hemos estado estudiando fueron personas muy buenas", Miguel murmuró.

"Mejor que no seas tan amplio de mente, Miguel", le advirtió el papá. "¿Te han hablado de la tumba de Mahoma? ¿O de la tumba de Buda?"

"¿Qué quieres decir papá?", Miguel estaba un poco confundido. "Nosotros aprendimos sobre Buda y Mahoma".

"Bueno, si tú quisieras, ¿podrías visitar las tumbas de estos hombres?", le preguntó el papá.

Miguel se encogió de hombros y respondió: "Yo supongo que sí. Yo también podría visitar la tumba de Jesús".

"Si lo hicieras, ¿qué encontrarías en esa tumba?", le preguntó el papá.

"¡Yo lo sé!", gritó Sandy, casi saliéndose de su silla. "Lo mismo que María y los discípulos en la mañana de Pascuas, tú no encontrarás nada en la tumba de Jesús. Al menos, no un cuerpo como en esas otras tumbas".

El papá asintió con su cabeza, y dijo: "Miguel, Sandy tiene razón. Jesús no sólo murió para pagar el precio de nuestros pecados, sino que resucitó de nuevo para que nosotros pudiéramos tener vida eterna. Esos hombres de los que tú estás aprendiendo, puede que hayan sido maestros sabios. De hecho, muchos de ellos copiaron las enseñanzas de Jesús. Pero ninguno de ellos tomó nuestros pecados sobre sí mismo, muriendo y luego regresando a la vida para poder salvarnos. Ellos están aún muertos. Si decides confiar en cualquiera de ellos, estarás escogiendo la muerte y no la vida".

¿Qué tal tú? ¿Alguien te ha dicho alguna vez que debes tener una "mente amplia" y creer que hay otros caminos hacia Dios? La Biblia dice que no hay otro camino sino por medio de Jesucristo. El murió, pero resucitó. Confía sólo en El y alaba a Dios por un Salvador vivo.

"Jesús dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida, nadie viene al Padre sino por mí"

Juan 14:7

Jesús está vivo

REUNIÓN

Francisco estaba parado en la fila, esperando subir al autobús de turismo en el aeropuerto de Lisboa. Miro a su alrededor los cambios ocurridos desde que había dejado el país para mudarse a la Argentina, cincuenta años atrás. Ahora tenía 81 años, y había decidido visitar Portugal, para un encuentro especial de fin de semana preparado para personas que habían emigrado del país.

-Francisco, ¿Eres tú?

El anciano se dio vuelta, para ver quien le hablaba. ¡No podía creer lo que veían sus ojos! Cuando abrió la boca para decir algo, parecía que no le salía ni una palabra. Allí, frente a él, estaba su hermano Mario, con quien había perdido contacto hacía más de cincuenta años. La última vez que se vieron fue el día en que Francisco partió hacia la Argentina, allá por 1951. Después de eso Mario, ahora de setenta años, se fue a vivir a Australia, y de allí venía. Él también había viajado a Portugal, para asistir a ese encuentro de fin de semana.

-Cuando vi tu cara, vi la cara de papa -explicó Mario, mientras las lagrimas corrían por sus mejillas-. ¡Sabía que debías ser tú! Los dos hermanos se abrazaron, asombrados por su encuentro casual, luego de haber perdido contacto durante más de medio siglo. Fue una ocasión muy feliz para ambos. Tenían mucho de que ponerse al día durante ese fin de semana, ¡cincuenta años! Y prometieron mantenerse en contacto. Volver a reunirse con alguien que amamos es una ocasión de mucha alegría. Es por eso que Jesús dijo: "...cuando vuelva a verlos se alegrarán, y nadie les va a quitar esa alegría". Jesús prometió que volverá. Él quiere reunirse con su familia. Yo estoy esperando ese día, ¿Y tú?

Narrado por: Keii Johnson



El amigo de los niños fué la publicación semanal que se usaba como escuela sabática infantil e incluía tanto las historias que aquí se van recogiendo como el correspondiente relato bíblico que servía de estudio para la semana.

Las revistas de las que se han sacado estas historias corresponden a un periodo que va desde 1957 hasta 1982 y pensamos que era una lástima que se perdieran en el olvido historias tan bonitas como éstas.

En todos los casos en que aparecía el nombre del autor, se ha reflejado.

Esperamos que sirvan para guiar a los niños de hoy tras los pasos de Jesús, como hicieron con aquellos niños -hoy adultos- que las leyeron por primera vez.

Los que nos estamos entreteniendo en escanearlas y releerlas somos Sergio y Eunice. Puedes escribirnos a la siguiente dirección: fustero@arrakis.es

Actualmente, la Iglesia Adventista sigue publicando (a través de [ACES](#)) la revista "Amiguitos" de periodicidad trimestral con las historias bíblicas de estudio para la escuela sabática infantil, las cuales ya no contienen estas historias.

ROBERTO APRENDE A “TIRAR” A LOS OSOS

—Hola, Roberto, mira directamente el punto que hay entre aquellas dos enormes piedras que están bastante arriba de aquel grupo de pinos, a la izquierda.

Roberto y su tío Bob estaban buscando osos. Ya hacía un año que el tío vivía en aquella región, entre las montañas del Estado de Colorado; trabajaba en una mina y vivía solo en una cabaña de madera de un ambiente, allí arriba, en la ladera de una montaña, entre los pinares. Roberto había ido a pasar dos semanas con el tío, y ambos habían salido para recoger nudos resinosos de pinos para el fogón. El muchacho escuchaba atento mientras el tío le contaba historias acerca de sus osos.

—Ahora —dijo aquel hombre grandote— es la hora de los osos. Todas las mañanas, a esta hora, aparecen. La primera vez que los vi, yo venía de una fuente, con un balde de agua fresca. Al apartar para atrás un arbusto del camino, escuché un grito en mi cabaña, como si alguien estuviera queriendo salir apresuradamente, antes que yo llegara. Eso me hizo temblar; pero al ver dos osos, uno grandote y el otro pequeño, corriendo alrededor de la cabaña, me asusté más todavía.

—Al entrar vi que la taza con miel que había dejado sobre la mesa estaba rota en el suelo. Los osos habían lamido toda la miel. Y los porotos que estaban en una bolsa de papel, en el armario, estaban esparcidos en el piso.

—¿Fue una osa y su cría los que hicieron eso? —preguntó Roberto.

—No —respondió el tío—. Probablemente eran hermanos. A veces el hermano mayor, sin prestar atención al hermanito, continúa junto a su madre, aunque ella tenga un hijito pequeño. Cuando el bebé oso crece y comienza a jugar, su hermano mayor juega con él y lo distrae, lo que muchas veces es un alivio para la mamá osa. ¡Mira, ya llegaron, allí están!

Entonces Roberto pudo ver dos figuras oscuras que se movían entre las rocas.

El tío Bob sintió entonces el apretón de dos manos agarradas a la suya. Súper asustado, Roberto le preguntó:

—¿Es verdad que los osos comen gente? —Mi s osos no hacen eso — respondió el tío.

—Hace tres meses que vengo domando estos interesantes animales. Al principio no los podía ver de cerca, ni oírlos, porque se escondían. Pero finalmente, se acostumbraron tanto a mí, que venían a lamer miel en un plato, en la escalera de mi puerta, en tanto yo, del otro lado del arroyo, los observaba. Cada día me aproximaba un poco más y observaba.

En ese momento vieron a los osos descendiendo por las rocas y arrastrando las patas, el mayor al frente.

—¿Quieres venir conmigo para alimentar a los osos?

—No, tío Bob, prefiero quedarme aquí. Los osos pueden asustarse al verme.

El tío Bob rió y dejando al sobrino agachado detrás de los arbustos, fue a buscar la miel.

El oso mayor apareció enseguida alrededor de la casa, con el menor detrás de él. El tío Bob caminó lentamente sobre un tronco, derramando con una cuchara la miel sobre el tronco, desde una punta hasta la otra. Cuando el hombre llegó a la otra punta, el oso grande ya había subido al tronco, en el punto en que el tío Bob había comenzado a esparcir la miel, y ya había comenzado a chuparla con su enorme lengua roja, y el oso menor lo seguía bien de cerca.

Al llegar al final del tronco, los dos osos ya estaban muy cerca de tío Bob. Entonces, con un extraño gruñido, el oso mayor dio una vuelta rápida y comenzó a subir la montaña, acompañado de su hermanito.

—Roberto —llamó el tío Bob— ¿qué tal una filmación de esa escena?

—¡Sería lo mejor del mundo! —respondió Roberto, saliendo de su escondite.

A la mañana siguiente, Roberto ayudó al tío Bob a alimentara los osos. Pero, para que los animales se acercaran al tronco, tuvieron que quedarse a unos ocho metros de distancia. Cada día los osos se acercaban un poquito más, hasta que un día el osito levantó su gracioso hocico negro y extendió su lengua roja para chupar la miel que chorreaba de la cuchara del tío Bob. Después que los osos se fueron rápidamente hacia la cima de la montaña, el tío Bob dijo:

—Mañana vamos a filmar eso.

Al día siguiente los dos osos tomaban directamente las gotas de la miel que caían de la cuchara. Mientras Roberto dejaba que la miel cayera, el tío Bob filmaba la escena. Después, riendo, le dijo al sobrino:

—Ahora puedes mostrarle a tus amigos cómo le "tiramos" a los osos con la filmadora.

ROBO DE OVEJAS

Durante la Primera Guerra Mundial, un grupo de soldados estaba viajando por el campo, cerca de la ciudad de Jerusalén. Mientras caminaban, vieron un rebaño de ovejas comiendo cerca de la cumbre de un cerro.

-Miren allá -dijo uno de los soldados, señalando una figura quieta, tirada sobre el suelo.

-El pastor está profundamente dormido -dijo otro-. Parece que esta noche tendremos una fiesta.

Los soldados se acercaron en silencio a las ovejas, y comenzaron a arrearlas cerro abajo. Sus balidos despertaron al pastor. Se restregó los ojos somnolientos, y luego se despertó rápidamente cuando se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Tomando su vara, el pastor comenzó a correr cerro abajo. Luego, se detuvo. ¿Qué podía hacer él, contra un grupo de soldados armados?

No había nada que hacer. Abatido, el pastor comenzó a caminar de regreso hacia arriba, para recoger sus cosas. De pronto se le ocurrió una idea. Dándose vuelta, llamo a sus ovejas como lo hacía siempre. Las ovejas inmediatamente reconocieron la voz de su pastor y supieron lo que debían hacer. Ahora, los soldados se sintieron impotentes, mientras las ovejas trepaban el cerro hacia su pastor... y hacia la seguridad.

Las Escrituras a veces describen a los seguidores de Dios como ovejas. Jesús dijo: 'Yo soy el buen pastor; conozco a mis ovejas, y ellas me conocen a mí'. Él hablaba de nosotros. Como sus ovejas, conocemos su voz y lo seguimos.

Hoy, conozcamos mejor a nuestro Pastor para que, cuando oigamos su voz, reconozcamos su llamado. Seamos miembros fieles y obedientes de su rebaño.

Narrado por: Keii Johnson

RODANDO POR LA VÍA DEL TREN

Por *Perla Arthur*

EL SR. ARTHUR salió esa mañana para su trabajo una hora más temprano que de costumbre. Cuando la Sra. Arthur le dio el beso de despedida y él se dirigió al camión, ella le dijo:

Si tienes mala suerte, regresa a casa. El joven colgó el farol encendido en la parte delantera del camión con la esperanza de que éste le alumbrara el camino lo suficiente como para manejar. Las luces del camión no funcionaban... pero eso no era todo lo que andaba mal en el camión. Se trataba de un modelo antiguo que había trabajado mucho. Para mantenerlo andando había que repararlo casi cada semana.

Cuando el Sr. Arthur lo compró no tenía cabina. Pero llegó el otoño, y a veces el clima se ponía demasiado frío para conducir sin ninguna protección. De modo que el día anterior el Sr. Arthur había llevado el camión a un taller y le había hecho instalar una cabina. El arreglo de las luces tenía que esperar hasta que trabajara unos días más y pudiera ahorrar suficiente dinero para pagarlo. Muy rara vez salía él antes del amanecer o regresaba después de oscurecer, de modo que podía arreglárselas bastante bien sin las luces delanteras.

El trabajo del Sr. Arthur consistía en acarrear vigas de madera desde un establecimiento que estaba a unos diez kilómetros al norte de un pueblecito de Indiana, hasta la estación de ferrocarril, situada en la parte sur del pueblo. Ese día en particular había resuelto comenzar su trabajo más temprano con el fin de poder hacer un viaje más.

Cuando llegó al establecimiento, amanecía, de modo que no necesitó más el farol. Apagándolo, lo colocó dentro de la cabina y luego comenzó con su trabajo de cargar las vigas. Cuando completó la carga, la aseguró con cadenas para que ésta no fuera regándose por la carretera.

El Sr. Arthur llevó esa camionada a la estación de ferrocarril y volvió al establecimiento para buscar otra.

Y así pasó el día como de costumbre, excepto que habiendo comenzado tan temprano le dio tiempo de llevar una camionada extra antes de que anocheciera.

Esa noche, cuando la cena estuvo lista, la Sra. Arthur estaba a la expectativa, esperando escuchar en cualquier momento el ruido familiar del camión que se acercaba por el camino.

Pero su esposo no llegaba. Como no tenían teléfono en la casa, la Sra. Arthur no hallaba la forma de saber qué era lo que estaba causando esa demora. ¡Sólo le quedaba esperar!

¡Pasó una hora! Al oír el picaporte de la puerta miró para ver quién llegaba. Era el Sr. Arthur, y sus primeras palabras fueron:

-Bueno, regresé.

-¿Dónde está el camión? -preguntó extrañada la Sra. Arthur.

Como si él hubiese esperado esa pregunta ya la estaba contestando.

-Cuando crucé la vía con mi última carga un tren atropelló el camión y lo hizo añicos. El golpe hizo que la



cabina donde yo iba, se desprendiera del camión. Esta dio varias vueltas frente al tren hasta que finalmente rodó fuera de la vía. Cuando la cabina dejó de rodar, salí gateando de ella. Pocos minutos más tarde uno de los ferroviarios que venía en el tren estaba a mi lado. Me palmoteó la espalda y me dijo: "indudablemente que Ud. es un hombre de suerte!" Y así lo creo yo, porque todo lo que me pasó fueron estos pocos raspones que me hice en las manos.

"No tardó en reunirse a mi alrededor una multitud -continuó el Sr. Arthur-, y entre los presentes había varias personas que me conocían. Parecía que todos decían lo mismo: "Nunca esperábamos encontrarlo vivo". Evidentemente estaban muy sorprendidos. Las vigas de la carga del camión se habían esparcido por todas partes, y el resto del camión había quedado realmenté déstrozado. El tren lo había embestido justamente detrás de la cabina.

Lós ferroviarios que venían en el tren me hicieron muchas preguntas. Les expliqué que cuando yo crucé la vía las señales del paso a nivel no funcionaban. De manera que retrocedieron por la vía con el tren y luego avanzaron, repitiendo esa operación varias veces para probar si las señales funcionaban. Cuando vieron que yo decía la verdad, y que las señales realmente no funcionaban, me dijeron que tan pronto como fuera posible sería indemnizado por todos los daños que había sufrido.

"Antes de abandonar el lugar, miré nuevamente la cabina, y allí estaba el farol tan bueno como siempre".

Es indudable que el.buen Padre celestial había guiado al Sr. Arthur el día anterior en su decisión de hacer colocar una cabina al camión. Esta lo protegió en el momento cuando el tren lo atropelló, salvándole la vida.

Hace más de 54 años que eso le ocurrió a mi esposo, y durante todos esos años Dios nos ha ayudado en nuestras decisiones. Hemos confiado en él, y él nos ha cuidado. El hará lo mismo por ti. Cree en él, ámalo, y guarda sus mandamientos. El te ama y te cuida, de modo que, ¿por qué no habrías de confiar en él y obedecerle?

ROLOWANDO Y LAS HORMIGAS SABROSAS

Por *Juanito Tyson-Flyn*

ROLOWANDO se sentó en cuclillas en la feria, junto a la cesta llena de hormigas secas. Los rayos del sol africano le caían en la cabeza y en la espalda. La abundante transpiración de su rostro rodaba por el mentón y caía en el polvo junto a sus pies. Junto con el calor y el polvo del mercado había olores..., algunos agradables, otros malos. Se sentía el olor de los mangos jugosos y maduros; el olor fresco de las hojas de hibisco que se usan como verdura; el olor de las mazorcas de maíz tierno, asadas, todo mezclado con el olor de gallinas, pescado, carne y cuerpos transpirados.

Al calor, el polvo y los olores se añadía el ruido: la risa y la charla de las mujeres, el llanto de los niñitos que aquéllas llevaban a la espalda, los gritos de niños y hombres, los chillidos

de los cerdos, el cacareo de las gallinas y el ladrido de los perros. Era un típico día de feria.

Rolowando no gritaba como los otros vendedores para atraer a los clientes. Su cesta de hormigas no necesitaba propaganda, porque las hormigas eran bocados codiciados. Rolowando había pasado mucho tiempo frente al gran hormiguero que había en la propiedad del bwana blanco, cazándolas a medida que salían.

El hormiguero, un montículo gris de más de un metro de altura, que parecía de cemento, estaba cerca del camino que pasaba frente a la misión. La nueva familia de misioneros consideraba ese montículo como un estorbo, de modo que el misionero planeaba destruirlo tan pronto como le fuera posible. Sabía muy bien que

no sería fácil, porque el montículo era duro como una roca. Se requería el trabajo de dos o tres días de varios de los muchachos de la escuela, para deshacerlo con azadas afiladas. Sería necesario encontrar a la reina del hormiguero y destruirla, o de lo contrario las hormigas repararían inmediatamente su estructura. Los muchachos y el bwana probablemente tendrían que cavar debajo de la superficie después de arrasar el montículo.

Antes de que el bwana se dedicara a la tarea de romper el hormiguero, las hormigas comenzaron a volar como solían hacerlo una vez al año. Fue en ese momento, cuando las hormigas se enjambraban, cuando Rolowando encontró el hormiguero y juntó las hormigas.

Rolowando encontró el hormiguero porque su mejor amigo se enfermó. De hecho, se enfermó tanto que los ancianos de la aldea decidieron llevarlo al hospital de la misión. Hasta entonces Rolowando había pasado muchas veces cerca del portón de entrada de la misión, pero nunca se había atrevido a cruzarlo. Ahora que su amigo se encontraba en el hospital, Rolowando decidió ver ese lugar extraño donde vivían los blancos, y también visitar a su amigo.

El hormiguero estaba junto al camino, frente a una de las casas grandes. Rolowando lo notó el primer día que fue al hospital. Las hormigas estaban precisamente saliendo del hormiguero y se echaban a volar. A Rolowando le brillaron los ojos. Se pasó la lengua por los labios y en su imaginación comenzó a saborearlas. ¡Las hormigas tenían un gusto tan delicioso!

Miró a su alrededor para cerciorarse si alguien de la casa grande lo estaba observando. Pensó que probablemente los blancos no estarían dispuestos a compartir las hormigas con extraños. Se sentó en cuclillas junto al hormiguero. Rápido como un relámpago cazó una hormiga por las alas y se la echó a la boca. Se comió varias. Hubiera comido más de no haber sido que un grupo de alumnos de la escuela se acercaba por el camino. Rolowando pensó que lo echarían. Sabía que no tenía derecho de comerse las



hormigas. porque estaban en la propiedad de la misión. Los muchachos pertenecían a la misión. Rolowando se escurrió detrás de un árbol y observó. Estaba seguro de que se detendrían y cazarían algunas hormigas. Uno de ellos metió un palo en el hormiguero, pero eso fue todo. Los muchachos no se detuvieron a cazar hormigas.

"Bueno, si a ellos no les importan las hormigas, serán para mí", se dijo Rolowando. De modo que trazó un plan. Cuando oscureciera, volvería a la misión y las cazaría. A la mañana siguiente las secaría al sol y las vendería en el mercado.

Esa noche Rolowando volvió a la misión. Llevó consigo un farolito, una lata con agua y un palo. El palo lo llevaba para protegerse. Tenía miedo. No le gustaba estar fuera de la aldea después de oscurecer, y su conciencia le decía que estaba robando.

Se acercó furtivamente al hormiguero. Luego se agazapó al costado de la casa grande. Todo estaba en silencio. Notó que las ventanas estaban abiertas y las piezas bien iluminadas.

Colocó su farolito en el piso junto a la entrada del hormiguero. Levantó un poquito la mecha para que diera más luz. Esa luz atrajo a las hormigas y éstas comenzaron a salir en enjambres. Rolowando las iba cazando tan rápido como le era posible, y las ponía en el balde, donde se ahogaban. Antes de mucho el balde estaba lleno de hormigas. Volvería a la noche siguiente para cazar más. Cuando estuvo listo para partir, oyó voces procedentes de la casa grande. Se agazapó donde estaba y escuchó.

"¡Qué es eso! -exclamó-, ¡el bwana está hablando al gran jefe!" A través de la ventana abierta podía ver a la familia del misionero arrodillada en un semicírculo con el rostro en dirección al lugar donde él se hallaba. Todos tenían la cabeza inclinada como él lo hacía cuando se dirigía a un gran jefe. Pero, ¿a quién le estaba hablando el hombre blanco?

Entonces Rolowando oyó que se mencionaba su aldea. "Danos sabiduría -estaba diciendo el misionero-, para que podamos dar el mensaje a la gente de la aldea. Para que podamos compartir con ellos el alimento espiritual. Ellos tienen hambre y nosotros tenemos tanto para dar. Te suplicamos que nos concedas tu bendición..

Rolowando no esperó más. Tomó su farol, su balde lleno de hormigas y su palo, y regresó a su aldea. Las palabras que había escuchado seguían sonando en sus oídos. "Que podamos compartir nuestro alimento. . . Ellos están hambrientos y nosotros tenemos tanto para dar". De modo que al bwana no le importaba que él llevara las hormigas. Estaba dispuesto a compartir su alimento. Rolowando sabía lo que significaba tener hambre. Muchas veces no había suficiente alimento. ¡Ahora el misionero blanco deseaba compartir su alimento con él!

Temprano en la mañana, Rolowando esparció sus hormigas sobre una estera para secarlas al sol. No le contaría a nadie dónde había conseguido esos bocados tan deliciosos. Todavía no revelaría el secreto. Primero obtendría todo el alimento que pudiera de la propiedad del bwana.

Rolowando tenía las mejores hormigas secas del mercado. Al final del día había en su bolsillo monedas que sonaban muy bonito. También le gustaba la sensación de plenitud que sentía en el estómago, después de haber comprado con ese dinero frijoles, pescado y fariña. Se enorgullecía de sí mismo.

Abrigaba sentimientos bondadosos hacia el bwana porque tenía la seguridad de que el hombre blanco se refería a él mismo, Rolowando, cuando había hablado de compartir el alimento.

Después de terminar su día en el mercado, Rolowando tomó su balde y se dirigió a la misión. Cada noche a la misma hora veía a la familia de misioneros blancos que se arrodillaba y hablaba a un Jefe que llamaban Señor. Rolowando nunca vio al jefe, pero le gustaban las palabras que el hombre blanco usaba, Aparentemente el propósito principal del bwana era ayudar al pueblo de Rolowando. Hablaba mucho de alimento y del pan de vida. Rolowando pensó que nunca había comido tan bien como desde que había descubierto el hormiguero en la misión. Ahora estaba obteniendo tanto dinero por la venta de las hormigas que no tenía ninguna dificultad en comprar cualquier clase de alimento que deseaba. Pero una noche, cuando Rolowando fue a la misión, encontró el hormiguero destruido. No podía entenderlo. Al día siguiente se aventuró a acercarse a la casa grande y, para su asombro, vio que el mismo hombre que había pedido a su Jefe que lo ayudara a compartir su alimento estaba arrancando el hormiguero.

¿Qué significaba todo eso? Rolowando estaba extrañado. Llevó su cesta de hormigas secas al mercado, y se sentó en cuclillas sobre el suelo polvoriento junto a ella. Le parecía haber sido traicionado. No se podía confiar en el bwana.

Mientras estaba allí sentado, pensando, tres de los muchachos de la misión se le acercaron. Quizás

venían a quitarle las hormigas ya que él las había sacado de la misión.

El más bajo de los muchachos dijo:

"A nosotros nos gustaría que vinieras a la misión antes de la puesta del sol esta noche. Queremos tener una fiesta. Habrá bastante comida para todos los invitados. ¿Vendrás?"

Rolowando apenas podía dar crédito a sus oídos. Aturdido, asintió con un movimiento de cabeza y observó a los muchachos que se dirigían a otros jovencitos de su edad que estaban en el mercado. Cinco de ellos fueron invitados. Rolowando llegó a la misión antes de la puesta del sol. En el patio, frente a los edificios de la escuela, fue recibido afectuosamente por los maestros, por el bwana y por los alumnos de la escuela. Este bwana era el mismo a quien él había oído hablando al Jefe.

Los cocineros de la escuela de la misión habían preparado una comida tal como Rolowando y los otros cinco muchachos nunca antes habían comido. ¿Era ése el alimento que el bwana deseaba compartir con Rolowando y su pueblo?

Cuando terminó la comida, el bwana habló acerca de su jefe, el gran Dios que vive más allá del firmamento, en la aldea del cielo. Rolowando aprendió que el gran Jefe se interesaba por él y por todo su pueblo. Eso era nuevo y confuso para Rolowando, pero decidió que volvería y aprendería más.

Rolowando volvió día tras día a la misión, El bwana había destruido el hormiguero, pero Rolowando recibió algo inmensamente más importante. El bwana compartió con él el pan de vida. Rolowando encontró en la misión no sólo alimento para su cuerpo sino también para su alma.

ROPA ROBADA

Kamraj* se unió a la pequeña multitud de personas que se había reunido afuera, para escuchar historias acerca de Jesús. Cuando la reunión terminó, se quedó atrás, para hablar con el misionero Hyde. Después de varias charlas de estas, Kamraj decidió que él también quería hacerse cristiano.

Unos pocos días más tarde, sin embargo, Kamraj sintió muchos deseos de beber. “Necesito dinero”, pensó. “¿De dónde voy a conseguir dinero?” Pronto se le ocurrió una idea. Se deslizó al interior de la casa del misionero, para ver qué podía encontrar. Después de una mirada rápida, sus ojos se posaron en la ropa del hombre. Sí, eso serviría. Rápidamente, Kamraj las puso en una bolsa y se escurrió por la puerta de atrás. Kamraj vendió la ropa, y usó ese dinero para comprar una botella de whisky. Pero, mientras se lo tomaba, no podía dejar de pensar en el bondadoso misionero que se había hecho su amigo, y en lo que este haría cuando descubriera que le faltaba la ropa. No tuvo que esperar mucho. El misionero Hyde vino a buscarlo. —Sé lo que hiciste, Kamraj —le dijo—. Alguien te vio salir de mi casa. Pero, me doy cuenta de que estás triste por lo que hiciste, y yo te perdono. Espero que, junto conmigo, le pidas perdón a Dios, también. Él sigue amándote, y quiere que vuelvas a él.

Kamraj no pudo resistir el amor y la bondad del misionero. Los ojos se le llenaron de lágrimas, mientras oraban.

No es siempre fácil ser bueno con alguien que nos ha hecho algo malo, pero si tenemos el amor de Dios en nuestros corazones, podemos ser bondadosos y perdonadores. “Revístanse de afecto entrañable y de bondad, humildad, amabilidad y paciencia... Así como el Señor los perdonó, perdonen también ustedes. Por encima de todo, vístanse de amor, que es el vínculo perfecto”.

Por Helen Lee Robinson

ROSTRO SONRIENTE

El nuevo pastor leyó la larga lista de nombres y se preguntó cuándo aprendería quién era quién. Pidió entonces a algunos miembros de la iglesia que le dieran algunas características identificadoras. Cuando llegaron al nombre de Lorenzo, todos parecieron concordar en una cosa.

-¿Lorenzo? Lo reconocerá cuando lo vea -dijo alguien-. Tiene 21 años, y casi siempre está sonriendo.

-¿Lorenzo? ¡Es el que siempre sonríe!

-Si ve a un muchacho con una gran sonrisa en el rostro, ese es Lorenzo.

El pastor estaba curioso por conocer a este joven conocido por su cara sonriente. No tuvo que esperar demasiado. Ese sábado, mientras el pastor saludaba a los miembros a la salida del culto, vio a un muchacho que venía hacia él con una gran sonrisa en el rostro.

-Tú debes ser Lorenzo -señaló el pastor.

Lorenzo había descubierto el secreto de la verdadera felicidad: tener a Jesús en su vida. Era por eso que no podía evitar sonreír. Pero quizá tenía otras razones, ¿verdad? Quizá tenía un buen trabajo o una maravillosa familia; o tal vez era rico, y podía comprarse todo lo que quería.

Mientras los dos hombres conversaban, el pastor se enteró de que Lorenzo había comenzado a asistir a la iglesia cuando tenía 17 años de edad. Sus padres habían enfurecido con su decisión, y lo habían echado de la casa. Durante los últimos cuatro años, Lorenzo había trabajado en una fábrica de zapatos durante el día, y de noche dormía en una pequeña habitación dentro de la fábrica. Pero, a pesar de todo eso, era un hombre feliz.

La Biblia dice: "Estén siempre alegres". Como cristianos, tú y yo tenemos muchas razones para sonreír. Tan solo pregúntenle a Lorenzo. Él tiene a Jesús en su vida, y eso es lo más importante.

Por Helen Lee Robinson

RUT VENCIO EL MAL GENIO

Rut tenía siempre un genio ingobernable. Mi primer recuerdo de ese mal genio es algo confuso, pues han pasado ya muchos años. Habremos tenido entonces las dos unos cinco años de edad. Yo tenía una muñeca negra, de cabello crespo, que le gustaba mucho a Rut. Un día me la pidió con mucha insistencia, pero como yo quería mucho a mi muñeca me negué a dársela. Entonces Rut se enojó y me tiró una piedra que me produjo una gran herida en la frente, de la cual manó sangre en abundancia.

Rut estaba horrorizada del daño que había hecho. Aún la recuerdo tapándose la cara para no ver la sangre que corría. Al oírme llorar, alguien vino en mi auxilio, me lavó la herida y me puso una venda en la frente. Me besaron, me acariciaron y me dieron un caramelo, con lo cual pronto me consolé. Pero sobre todo recuerdo vívidamente el rostro asustado de Rut cuando luego me dijo:

-Yo no pensaba que iba a hacerte mal. No quería lastimarte. La piedra se me escapó de la mano. Pronto fuimos buenas amigas otra vez. Una piedra arrojada impulsivamente o una frente lastimada son cosas baladíes en una verdadera amistad de niños. Pero aunque éramos tan amigas, con el transcurso de los años nos alejamos cada vez más una de la otra y nos vimos con menos frecuencia. Vivimos en diferentes ciudades, asistimos a diferentes colegios y nuestros ideales en la vida fueron también distintos. Sin embargo, de vez en cuando solíamos visitarnos. Y fue en una de mis visitas a su casa cuando la vi otra vez perder el dominio propio. Fue cuando su hermanito volcó descuidadamente una taza de chocolate sobre un hermoso vestido nuevo que ella se había puesto. Rut era una niña hermosa y lo es aún. Tiene abundante cabellera rubia y los ojos más azules que yo haya visto alguna vez. Su boca parecía el primer capullo de rosa de la primavera; pero aunque era tan hermosa no hubiera querido ser su hermanito aquel día cuando él volcó el chocolate sobre su vestido nuevo. La mirada de aquellos ojos azules se volvió tan dura y fría como el hielo mismo, como hielo a través del cual se ve resplandecer un fuego ardiente. Apretó los labios de esa boca de rosa hasta que parecieron una delgada línea escarlata en su rostro. La vi entonces alzar una mano convulsivamente, y de pronto su hermanito, dando un grito de espanto, salió corriendo de la pieza. Y sin duda tenía razones para hacerlo. En el rostro de Rut se dibujó una sonrisa despectiva. Entonces extendió el brazo y tomando un pocillo de porcelana muy fina lo arrojó con fuerza al suelo, donde se hizo añicos. La miré aturdida, y Rut, avergonzada de sí misma, salió de la pieza y se encerró en su dormitorio. Yo me quedé sola en el comedor contemplando los pedazos del pocillo esparcidos por el suelo, y mientras estaba allí de pie, entró en puntillas el hermanito de Rut.

-¿Eso lo hizo Rut? -preguntó señalando con el dedo los pedazos de porcelana. Y entonces, antes de que pudiera responderle, sonrió a manera de disculpa, como suelen hacerlo a veces los niños.

-Rut generalmente es una niña muy buena -agregó-. Sí, es una niña de las mejores, pero cuando se enoja es terrible. Grita, llora y tira cuanto halla a mano. Y no le importa dónde lo tira. Es cierto que después se arrepiente, pero parece que no puede dejar de portarse así. Rut permaneció en su pieza durante casi todo el resto del día. Tenía un fuerte dolor de cabeza. Al día siguiente se levantó temprano y pronto la oí cantar mientras quitaba el polvo de los muebles; pero su rostro estaba todavía pálido y había en sus ojos una expresión de espanto. Transcurrió el tiempo y ambas nos hicimos señoritas y salimos del colegio. Yo me hallaba ocupada en el mundo de los negocios, en mi trabajo predilecto, cuando cierto día Rut me escribió comunicándome la noticia de su enlace, que se realizaría después de pocos días. El joven con quien iba a casarse era del oeste del país, y ella lo había conocido hacía poco tiempo. No conocía aún a ninguno de sus futuros parientes, pero me decía en su carta que el padre de su prometido, quien era un cirujano famoso, iba a pasar una semana en la ciudad, y que ella pensaba agasajarlo con una cena.

-Pienso ir a la ciudad el día de la comida -me escribió-, y si tú quieres encontrarte conmigo en la estación iremos juntas. Quisiera estar de regreso antes de que llegue el padre de Roberto, pues quiero que tenga de mí la mejor impresión posible.

Fui a la estación a la hora convenida, pero aunque faltaba muy poco para la llegada del tren no pude ver a Rut por ninguna parte. Yo esperaba nerviosamente, pues recordaba que ella deseaba llegar a casa temprano para impresionar bien a su futuro suegro. Por fin, cuando las puertas de hierro se habían cerrado y el tren estaba por arrancar, apareció Rut corriendo, con la cara encendida y el sombrero ladeado.

-El tren está ya por salir y han cerrado las puertas -le dije.

La estación estaba llena de gente, pero a Rut pareció no importarle. Se dirigió al guarda que acababa de cerrar las puertas de entrada al andén y le dijo:

-Déjeme pasar, es necesario que tome este tren. Tengo que pasar.

-Lo siento, señorita; pero eso iría contra los reglamentos -dijo inflexible el guarda. Entonces Rut perdió por completo el dominio propio, tal como le había sucedido cuando me hirió con la piedra y cuando su hermanito dejó caer el chocolate en su vestido.

-¡Odioso! -le dijo al guarda-, ¡Odioso! Ud. me podría haber dejado pasar. ¡Odioso! Golpeó el suelo con el pie y entonces arrojó con toda su fuerza al otro lado de la estación un paquete que tenía en la mano, el cual dio en un caballero de edad y cayó a los pies de él, esparciendo pétalos de rosas a su alrededor. Formábamos el centro de un risueño gentío. Yo me retiré un poco apoyándome en una columna, mientras el anciano caballero recogía las rosas y entregaba el paquete a Rut a la vez que decía:

-Señorita, no sé quién será Ud., pero quiero decirle una cosa. Tiene que dominar ese genio, pues la está perjudicando. Ud. no me dañó a mí cuando me arrojó el paquete. No hizo más que hacerme sentir disgustado. Pero sí se perjudicó a usted misma, pues si sigue perdiendo el dominio propio de esa manera terminará sus días en un manicomio. Se lo puedo asegurar, y nadie lo lamentará, pues las personas con un genio como el suyo son un peligro dondequiera se encuentren.

Rut quedó pálida y estupefacta, pues nadie le había hablado jamás así. El grupo de curiosos se había dispersado, y el caballero estaba por seguir hablando cuando un joven de anchos hombros y buena presencia se le acercó por detrás y lo tomó de los hombros.

-Pero, papá -exclamó alegremente-, ¿cómo es que ya conoces a Rut? Aunque yo nunca había visto al joven, en seguida me di cuenta de que era Roberto, el prometido de Rut.

Tarde aquella noche, después de que todos los invitados se retiraron, me encamine a la pieza de Rut. La hallé echada en la cama sollozando; pero al oír mis pasos se sentó y me dijo:

-Nunca más voy a perder el dominio propio. Mañana se lo contaré todo a Roberto. Tal vez -y al decir esto su voz temblaba-, ya no querrá casarse con una joven que podría terminar sus días en un manicomio; pero, suceda lo que suceda, nunca más voy a perder el dominio propio.

Y cumplió su palabra. Rut venció justamente como otras niñas han vencido cuando han tenido que arrostrar problemas difíciles. Me confesó que a veces le era realmente difícil. Tenía que encerrarse en su pieza y hasta morder los barrotes de la cama. A veces se arrodillaba y pedía ayuda a Dios. Pero no importaba cuán dura fuera la lucha, solía darse vuelta y comenzaba a entonar en voz baja alguna melodía antes de volver a hablar. Me dijo que mientras cantaba, solía repetir las palabras: "Te amenaza el manicomio", y así se calmaba.

Hace poco volví a visitar a Rut en su casa nueva. Su suegro, que la quiere mucho, vive con ellos. Rut misma atiende los quehaceres de su casa, por lo cual después de la cena fui con ella a la cocina y la ayudé a lavar la loza. Roberto vino también, y estaba secando una jarra de cristal tallado con tapa de plata, cuando, distraído por nuestra conversación, la dejó caer.

Yo retrocedí instintivamente, aguardando la tormenta de ira, pues era uno de los regalos de casamiento de Rut; pero la tormenta no estalló como lo esperara.

-¡Siento mucho lo que he hecho, querida! -dijo Roberto visiblemente perturbado- ¡Lo siento de veras! Pero Rut no le dio tiempo para decir más.

-No te aflijas por eso, Roberto -lo interrumpió en tono cariñoso-, no vale la pena. Compraremos otra igual algún día.

Dominarle equivale a multiplicar las dotes personales.-R. Kehl.